

以住人班开



SHANGHAI SOO.

上海
新
開
班
住
人

Charlas y Poesías



claramente que es una pordiosera y a través de su rostro demacrado, pueden traslucirse las penas del pasado.

Su espalda, encorvada ya por el peso de los años, descansa sobre un bastoncito, tan humilde, que sólo es un simple palo; pero para ella es un compañero inseparable, el único tal vez.

Después de un andar lento y dificultoso, llegó hasta nosotros; nos tendió su mano implorante de caridad; fuertemente conmovidos, ante sus facciones contraídas por el dolor que invadía su alma, dejamos caer con la caridad que podía emanar nuestro joven corazón, las monedas que habrían de servir a esta viejita para calmar un tanto su dolor.

Y ella, en cambio a nuestra gratitud, nos colmó de bendiciones, que sólo podían ser fruto de un corazón tan fuertemente agradecido como el suyo.

RAUL AVILA S.

¡Marinero, adios!...

¡Adiós, marinero!
¡Adiós, marinero!...
¡Esta noche partirás!...
Marinero, tu paso será firme al subir al barco, y tu pecho henchido por las brisas marinas, dejará escapar notas de emoción al dejar el puerto de tus amores.
¡Adiós, marinero!...
¡Esta noche zarparás!...
¡Partirás, llevando tu barca a ese puerto encantado que soñarás una noche fría de invierno!...
¡Esta noche zarparás, surcarás el mar, y anclarás en playas ignotas!...
¡Lleva encendida de fe tu mirada al contemplar el ancho mar; guía con mano firme el timón de tu barco!
¡Marinero!
¡Ya se aleja tu barco... el blanco velamen domina el horizonte!
¡Marinero!...
¡Adiós! ¡Adiós!...

RAYO DE SOL

CARIDAD

Allá a lo lejos veo caminar apenas una pobre viejita. Su andar dificultoso refleja

REMEMBER

Recuerdo que su cuerpo tendieron en la fosa, con una paletada cubrióla la alba tierra, su cuerpo con la vida terminó ya la guerra, y tras de la cañada perdióse la carroza.

Ya nadie te recuerda, pobre niñita muerta. Unos que otros te amaron en el lejano ayer; pero uno que no amaba tu cuerpo candoroso ora inclinado a medias al borde de tu ser.

Aquel no conocía tu cuerpo puro y bello, pero sí los trabajos de tu mano férvida, y en nuestros corazones dejaron tus recuerdos una huella infinita, imborrable y profunda.

TARZAN

SHANGHAI SOO

Traicionado por el pez volador

-¡U UE me importan los cerdos británicos?—dijo, despreciativo, Ma-Fu, apodado el Calvo—. Quieren que vaya a Shangai, pero no iré.

Ma-Fu, poderoso en Dza, era temido y obedecido por todos los afiliados a la banda del Mongol Amarillo. Despreciaba a la policía británica; no obstante, la posada donde residía era bien custodiada por sus secuaces. Dos guardias le seguían a todas partes y dormían en la puerta de su dormitorio. Los centinelas rondaban toda la noche alrededor del edificio. Cualquiera que se atreviese a entrar sin la debida contraseña, se exponía a morir en el suplicio.

—Continuemos el Fan-Tan—agregó, sacudiendo una escudilla llena de frejoles, que vació en el tablero.

Su vecino recibió la escudilla e hizo lo propio. Era éste un chino desaseado y a mal traer, compañero inseparable del Calvo desde hacía algunos días. Llegó a Dza con los bolsillos repletos de botín robado, lo cual le sirvió de pasaporte en el recinto vedado.

Nadie sospechaba que aquel individuo de tez amarilla y ojos sesgados, era Blas Marzales, o sea, Shangai Soo, el anticuario. Llegaba a Dza con la misión de llevar al Calvo a Shangai. La policía británica deseaba confrontarlo con otro prisionero, esperando llegar, por medio de un careo, a imponerse del paradero del afamado Mongol Amarillo, verdadero jefe de la gran mafia.

Llegaba el momento de recurrir a la fuerza, ya que Soo no había conseguido nada por medio de la astucia. Había logrado cerciorarse de las costumbres de los afiliados y conocía los recovecos del edificio. Por lo tanto, decidió dar el golpe aquella misma noche.

Terminado el juego, cada cual se retiró a su aposento. Soo aguardó la hora propicia y, calculando que el centinela que hacía la ronda le volvía la espalda, bajó al patio por un cable tendido desde su ventana. En un segundo caía sobre el guardia y,



antes que alcanzara a volver de su sorpresa, le había atado y amordazado.

Llevaba consigo un atado de cañas de bambú y una jaula pequeña en la cual se movía un ser viviente. Así cargado, trepó a un árbol situado frente a la ventana del Calvo. Cómmodamente instalado en una rama, armó las cañas, encajando una en otra. Al extremo iba prendida la jaula en cuya puerta, ingeniosamente combinado, corría un cáñamo que servía para abrirla. Cuando ya estuvo suficientemente larga, la caña pe-

netró en la pieza y la jaula quedó, cimbrándose, frente a la cabeza del dormido Ma-Fu.

Soo, desde su observatorio, le vió incorporarse con los ojos desorbitados y sus pocos cabellos erizados. Abrió la puerta de la jaula y un bulto suave, aterciopelado, como una rata, cayó sobre el chino.

Ma-Fu quedó sumido en profundo letargo.

Cauteloso, Blas Marzales resbaló hasta el extremo del gancho y le dió impulso con su cuerpo, produciendo un balance que iba acelerado gradualmente. Por fin, el intrépido detective saltó al balcón y se introdujo en el aposento. Algo pasó zumbando sobre su cabeza. Era un murciélago vampiro, cuya mordedura produce momentáneo letargo.

Con infinitas precauciones, Soo echó llave a la puerta y cogió en sus brazos el cuerpo del Calvo. Llegaba a la ventana cuando fué detenido por estridentes repiqueteos. No había notado que los pies de Ma-Fu estaban ligados a un cordelillo que, al extenderse, hacía funcionar la campanilla.

Viéndose perdido, Soo depositó el cuerpo en el suelo y escapó por la ventana, a tiempo que recios golpes sacudían la puerta. Al correr por el patio, tropezó con el centinela amordazado. Se detuvo a desatarlo, murmurando con voz sorda:

—Escapa, que tu amo te hará torturar.

Entretanto, los centinelas habían echado la puerta abajo. Uno de ellos corría a la ventana y, al ver a un individuo que huía, arrojó su cuchillo. El guardia recién liberado por Soo, iba ya fuera del alcance y escapó.



—Lo encubriremos al momento.

Un segundo después, entraba Soo con aire soñoliento, restregándose los ojos.

—¿Qué pasa?—gruñó—. ¿A qué se debe la alarma?

Viendo el cuerpo de Ma-Fu se arrodilló a su lado.

—Han tratado de secuestrarle — gimió uno de los guardias—. Ahí va un individuo, huyendo. Parece que era el centinela del patio.

Soo disimuló el placer que experimentaba con la noticia y examinó a su víctima.

—Es un simple letargo producido por la picadura de un vampiro. Pasará dentro de algunas horas—aseguró—. Me quedaré a velar con ustedes.

Amanecía cuando el Calvo volvió en sí. El propio Soo se encargó de ponerle al corriente del atentado.

—¡Mis propios centinelas me traicionan!—exclamó Ma-Fu.

—Es verdad, Ma-Fu. Estás rodeado de traidores. Deberías abandonar esta ciudad.

—¿Y a dónde iría?

—Yo conozco un lugar seguro. Si quieres, puedo alquilar una carreta y conducirte allá ahora mismo.

—Será lo más conveniente—decidió el

Calvo, que aun no recuperaba su sangre fría—. Busca una carreta grande, porque llevaré a mis dos guardias.

Soo se mordió los labios. Esto contrariaba sus proyectos. No sería fácil deshacerse de los acompañantes en el camino. Sin embargo, accedió a los deseos de Ma-Fu y no tardó en volver a la posada con una carreta tirada por mulas y cubierta con un toldo de tela alquitranada. Los tres chinos subieron al interior y él ocupó el pescante. Uno de los guardias llevaba un inmenso volantín en forma de pez.

—Es mi señal de alarma—explicó el Calvo—. Todos la conocen. ¿Por qué tan encerrados?—agregó

—Podríamos encontrar espías. Es más seguro — expuso Soo, azotando las mulas.

Se guardó bien de decir el verdadero objeto del toldo, que era imposible supieran a donde les conducía.

Saliendo de la ciudad, el vehículo subió una colina. Al otro lado se encontraba el río que deberían vadear para seguir a Lanchow, ciudad donde entregaría el prisionero a la policía.

Una idea atrevida cruzó por la mente del conductor del carruaje. Azotó las mulas, que emprendieron feroz carrera. Los ocupantes de la carreta, zarandeados de un lado a otro, protestaban en vano. Sin detenerse, comenzó

el descenso de la empinada cuesta; las ruedas echaban chispas. De pronto Soo asomó la cabeza por el cortinaje.

—Bajen, bajen—gritó—. Las mulas van desbocadas. Nos volcaremos.

Los guardias saltaron en el acto. Ma-Fu intentó seguirles, pero recibió un golpe en la nuca. En seguida fué amordazado y envuelto en la tela.

—¿Viste?—murmuró uno de los guardias, cuando logró articular palabra—. Le dió un palo en la cabeza. Nos han traicionado.

—Por suerte no solté el volantín—dijo el otro—. Lo encubriremos al momento.

Inconsciente de lo que pasaba a su espalda, Soo llegó al río, procurando vadearlo. De pronto las mulas se detuvieron y no hubo medio de hacerlas dar un paso. Viendo que se hundía el carretón, cortó los tiros y los animales se apresuraron a ganar la ribera.

Entretanto Ky Po, uno de los secuaces del Calvo, que trabajaba en el río, vió el pez volante.

—¡La señal de Ma-Fu!—exclamó—. Un peligro le amenaza.

Con gritos frenéticos despachó algunos de

sus peones a la colina a hacer averiguaciones. Soo escuchó aquellos gritos y miró hacia atrás. Aquella mirada le hizo descubrir, entre las nubes el Pez Volante.

Ky Po se acercaba en su bote a la vela. —¿Qué haces aquí?—preguntó a Soo, y señalando el volantín: —¿Sabes algo de eso?

Soo meneó estúpidamente la cabeza.

—Cruzaba el río y las mulas se me escaparon—lamentóse.

Ky Po lo examinó con ojos penetrantes. Era imposible que un peligro pudiera amenazar a Ma-Fu por aquel lado. Se trataba de un misero andrajoso. Tranquilo, dió una mirada al interior de la carreta. Soo tembló.

—¿A dónde llevas este bulto?—dijo Ky Po, sin darle importancia.

—A Lanchow.

El viento comenzaba a soplar con fuerza. Soo tuvo entonces una idea genial.

—Ya que esperan por fuerza, ¿no quisieran sus peones ayudarme a desembarcar la carreta?

—Mis hombres no trabajan sin pago—fué la respuesta.

Soo sacó unas cuantas monedas y las entregó a Ky Po, cuyos ojuelos brillaron. Inmediatamente fueron en busca de cañas y

forcejearon por levantar el pesado vehículo.

—Sería bueno aliviarlo transportando el bulto a la chalana—propuso Soo.

Ky Po hizo una señal y dos hombres, indiferentes, obedecieron. Ma-Fu fué trasladado al bote, pero en nada influyó aquello para aliviar el trabajo.

—Tal vez sería bueno remolcarlo—insinuó Soo, mostrando otras monedas a Ky Po.

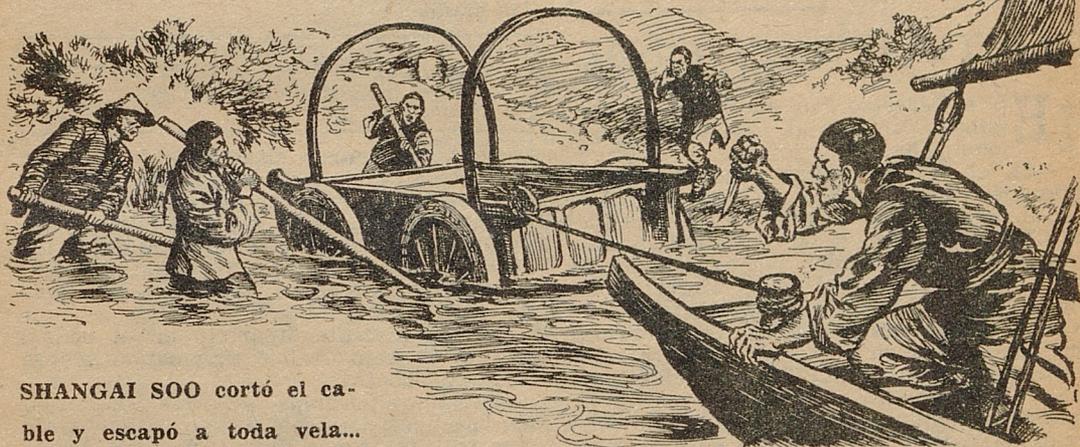
El chino no vaciló. Inmediatamente ataron un cable al bote y comenzaron de nuevo a forcejear. Por fin comenzaba a levantarse la carreta. Entonces Soo sacó disimuladamente su cuchillo y cortó el cable. El viento infló las velas y, antes de que los trabajadores se dieran cuenta, el bote se había alejado unos cuantos metros.

Gritos frenéticos llegaban a oídos del fugitivo. Los peones corrían por la ribera gritando: ¡al ladrón! Soo sonreía. Pronto se perdieron los sonidos y la barca navegó tranquila. Blas aflojó un poco el telón que ahogaba al prisionero.

—Mucho trabajo me has dado, Ma-Fu—dijo—. Pero al fin te tengo. Dentro de una hora estaremos en el expreso de Shanghai.

Y así fué.

LA MAMA CHAYO.



SHANGAI SOO cortó el cable y escapó a toda vela...

PITUCO

NOS ENSEÑA
A AMAR A NUESTROS ENEMIGOS



Dos penecas están peleando. De pronto, el más débil cae, lo que aprovecha el más fuerte para golpearlo de lo lindo.

Interviene, entonces, Pituco:

—¿Qué es esto? ¿Pero que no sabes que tenemos que amar a nuestros enemigos?

—Es que éste no es mi enemigo: es mi hermano.

Si usted no quiere ser débil y que los demás lo coscacheen, tome siempre

COCOA PEPTONIZADA RAFF.

SOLUCION A LA SECCION PROBLEMAS DEL N.º 1321.

El Pibe, por Mas. Montt — Buñes — Pérez.
Los Mellizos, por Tolán, Godoy — Fernández — Carnera — Canzonery.

Jeroglífico, por Atila. El Tiempo todo lo iguala.
Jeroglífico, por Gheisa. MOLINEROS.

UTILES
PARA
OFICINAS

AHUMADA 32

UNIVERSO

SOLEDAD IMPRENTA Y LITOGRAFIA

Los jueves aparecerá la nueva revista «CLARIN», dirigida por «Roxane».

LA ISLA SINIESTRA



¡Lea hoy el último capítulo de esta formidable serial que ha sido todo un EXITO!

CAPITULO XI Y FINAL

—¿ES el Maestro su enemigo? — preguntó Crawley al Murciélago que agonizaba.

—Sí, el Maestro, alias Manuel Hyde, miembro de la banda de la Cruz Azul. Ustedes no saben aún quién soy yo. Me llamo Dirk Simpson, y soy criminal, bandido, incendiario, ladrón. Formaba parte de los Cruz Azul y era el brazo derecho de Manuel Hyde. Ese monstruo me tenía envidia, porque era yo quien realizaba los mejores golpes de mano, el que entraba y salía de palacios y castillos sin dejar huellas. Un día pagó a uno de la banda para que me asesinara. Me arrojaron al río después de darme tres balazos. Pero yo tengo vida de gato y me salvé. Hyde no sabe quien es el Murciélago y me cree muerto desde años atrás.

Un vómito de sangre interrumpió el relato de Dirk Simpson.

—Le seguí hasta la Isla Siniestra —, continuó el Murciélago —, y aquí trabé amistad con Juan Creller, el mayordomo de su tío Duncan. El pobre viejo estaba aterrorizado por la banda del Maestro y quien le obligó a dejarle en posesión del castillo. Ya Duncan había muerto.

—¿Y cómo resultó que Creller se aliara con usted? — interrogó Pedro.

—Yo le convencí de que nada bueno podía esperar del Maestro, y nos aliarnos en contra de ellos. Creller conocía todos los secretos del castillo. Su tío Duncan era un hombre muy raro... Vivía solo en su laboratorio, haciendo experimentos. El traje al gorila Uska y por medio de glándulas y remedios le hizo crecer tanto. También el señor Duncan había construido todos esos

túneles secretos. Creller y yo comenzamos nuestra guerra contra el Maestro. Yo con mi disfraz de Murciélago y Creller haciéndoles pasar terribles sustos con el gorila.

—¿Y cuándo yo llegué aquí? — interrogó Pedro.

—Creímos que formaban parte de la Banda del Maestro. Pero cuando les oímos hablar, supimos que usted era el heredero de Duncan. Creller les arrancó de las manos el

II VOLUMEN DE LA HISTORIA DE INGLATERRA

que era la tercera clave para descubrir el tesoro del Conde Rojo y con esa clave nos fué fácil encontrar el tesoro. Estábamos pensando salir de la isla con Creller, llevándonos el tesoro, cuando el Maestro me hirió. No viviré más de 24 horas. Ayúdenme a matar a Manuel Hyde y les diré donde está el tesoro.

En ese instante, apareció en el cuarto secreto el viejo Creller chorreando sangre de pie a cabeza.

—Estamos perdidos —, gritó Creller—; los bandidos han descubierto este pasaje secreto. Mataron a Uska y me han disparado balas y bombas. Vienen tras de mí.

El Murciélago se incorporó y apretando con sus dos manos la herida de su pecho, dijo a los guardiamarinas.

—Arrimen el armario a la puerta, pronto, pronto. Hagan una barricada.

Pedro y Clovis arrastraron el gran armario. Pero ya los bandidos habían disparado tres proyectiles dentro del cuarto y uno de éstos hirió en la sien al viejo Creller, matándole instantáneamente.

—Todavía hay esperanza —, dijo el intrépido Murciélago, (alias Dirk Simpson). —Siganme.

Arrastrándose tocó un botón en el muro y se abrió una puerta, por la cual huieron rápidamente.

Habían entrado al hall del castillo, donde se destacaba una fila de armaduras de hierro.

—Por aquí—, gritó el Murciélago—. Entren al cuarto de la izquierda.

Pedro y Clovis obedecieron al Murciéla-

go y cuando éste les dejó dentro de un estrecho pasadizo, cerró la puerta con llave.

—Quédense ahí, hasta que llegue la policía —, murmuró el Murciélago—, yo voy a cumplir mi venganza.

Pedro y Clovis creyeron que Dirk Simpson les traicionaba de nuevo y comenzaron a golpear la puerta con indecible furia. Era inútil abrirla. Pedro saltó al marco de una ventana situada a cinco metros de la tierra y como aun tenía el disfraz del Murciélago colgado a su brazo, decidió endosarlo, volar hacia abajo y en seguida abrirle la puerta a Clovis.

Los bandidos continuaban derribando el cuarto del subterráneo, de manera que el campo estaba libre para la fuga de los muchachos.

—Y el Murciélago, ¿dónde estará? — exclamó Pedro, cuando llegaron al bosquecillo.

—Tal vez ha ido a cumplir su venganza — replicó Clovis.

El Murciélago aun vivía...

—El Maestro... Manuel Hyde — dijo con entrecortada voz Simpson —, me asesinó. Pero él también está herido. El tesoro del Conde Rojo está en el mausoleo del Monasterio... Levanten la tapa del sarcófago... No hay cadáver... Oro... Oro.

Y el Murciélago expiró.

Pedro alzó la vista y divió un grupo de soldados que corrían en dirección al castillo.

—Al fin la policía — exclamó el heredero de la Isla Siniestra.— Clovis ve a explicarle los hechos y díles que rodeen el castillo. Yo me lanzo tras del Maestro que huye...

A trescientos metros de distancia, se divisaba al encapuchado que se arrastraba por las breñas, seguramente sufriendo de las heridas que el Murciélago le había hecho ya agonizante, Pedro abrió las alas negras y dió un vigoroso salto... Los re-



Un lejano tiroteo atrajo la atención de los jóvenes.

El Maestro y su banda, se batían con un individuo, a quien rodeaban.

En seguida corrieron hacia la orilla del mar, dejando acribillado a balas al Murciélago.

—Le mataron sin que nos haya revelado el secreto del Conde Rojo — dijo Pedro.

—Aquí — balbuceó una voz agonizante.

EL MAESTRO al ver el Murciélago que se cernía sobre su cabeza como un fantasma, echó a correr lleno de espanto.

sortes voladores respondieron a las maravillas.

El Maestro escuchó el grito estridente del Murciélago y su espanto fué horrendo...

—Es el fantasma de Simpson —, murmuró aterrado el criminal.

Y tal fué su estupor, que antes que Crawley cayera sobre él, ya había soltado su revólver.

Pedro golpeó la sien del jefe de la banda de los Cruz Azul con su revólver y esperó que la policía viniera a terminar su obra.

Media hora después los bandidos, con las manos atadas a la espalda eran conducidos por la policía, fuera de la Isla Siniestra.

—El tío Duncan no mentía, dijo Pedro Crawley a su amigo Clovis Jevons, su notario, el señor Mackay y a un inspector de Policía—. Este es el oro que encontramos en el sarcófago del Conde Rojo.

Entre un montón de monedas de oro del siglo XV había un pergamino

antiguo que explicaba todo el misterio.

—Se desprende de este pergamino—continuó Pedro—que el Conde Rojo no murió cuando se efectuaron sus funerales. Encontró en la urna mortuoria a otro individuo y se ocultó en el Monasterio haciendo vida de monje. El tesoro quedó escondido en el mausoleo para la posteridad.

El tío Duncan, que estaba enteramente loco con sus experimentos, tampoco quiso usar de él.

—Y para ello dejó a usted las claves—replicó el notario—. ¿Qué piensa hacer usted con la herencia?

—Venderé el castillo y con el tesoro me iré a dar la vuelta al mundo. ¿Qué te parece el proyecto, Clovis?

—Magnífico — replicó el gordo Jevons.

Sin

HYKAH y su camello Escobillón



1.—Alguien viene. Esconderé mi botín debajo de la botella—dijo el turquito Hykah—. Aquí, con el calorcito y la humedad, puede ser que broten—añadió. Pero Maluk, que era un egipcio ladino y ladrón, le vió.



2.—Fuera de aquí, turco—gritó, dándole una bofetada—. Esto es mío. ¿Crees que no te vi esconderlo? —Es mío—protestó el turco—. Lo gané con mucho trabajo. Bobre turco se morirá de hambre. —Vuelve a trabajar, estúpido.



3. Con estas palabras, Maluk levantó la botella, sin fijarse que daba una ducha al camello Escobillón. —¿Quién se atreve a darme un baño?—gruñó Escobillón—. ¿Acaso vamos en peregrinación a la Meca? No, no.



4. Enfurecido, Escobillón levantó su joroba. —¡No necesito baño!—baló, mandando dos soberanas coces a la parte posterior del ladino Maluk. —¡Brave, Escobillón! Ahora te compraré dos centavos de avena—ofreció Hykah.

¡Ya apareció la nueva revista «CLARIN», dirigida por «Roxane»! Su precio es de \$ 1.—



CAPITULO I

La mano del Faraón

LOS miembros del **Círculo Negro**, en su mayoría personas ricas y del gran mundo, se habían aliado con bandoleros de la peor especie, a quienes usaban como mano de obra en robos y salteos. Cada miembro de esa siniestra sociedad tenía tatuado el brazo con un gran círculo negro.

Juan Warren no les conocía a todos y al salir de su prisión había notificado a los que motivaron su condenación, como testigos falsos, que se vengaría de ellos y les perseguiría hasta la muerte.

Su poder de hacerse invisible le facilitaba la vengadora tarea.

Como hemos dicho, el joven Warren era químico y antes de ingresar al presidio había inventado un **elixir refractario** que tenía el poder de hacerle invisible. Pero este elixir, con el cual frotaba su cuerpo de pies a cabeza, sólo producía efecto por una hora y en seguida iba desvaneciéndose; de manera que para ejecutar cualquier acto, Juan Warren sólo disponía de corto tiempo.

El más pérfido de sus enemigos era Legs Gaiton, joyero judío, quien para despistar a la policía sobre sus malos manejos había acusado falsamente al joven Warren.

Una noche el Invisible asistió a una reunión del **Círculo Negro**. Alrededor de una gran mesa los asociados urdían sus nefastos planes.

—Les aseguro que es un golpe fácil — decía Legs Gaiton —. El Museo está mal cuidado de noche. Sólo un viejo medio sordo hace el turno. Yo les acompañaré. A media noche...

—Convendría cerrar la ventana — dijo uno de los presentes —. Siento una corriente de aire.

Justamente el Invisible se hallaba asomado a una ventana y como, si bien el elixir le hacía invisible no le hacía incorpóreo. El invisible bajó a la calle antes que acudieran a cerrar la ventana.

—¿Quién golpea? — murmuró el guar-

RESUMEN DE LA INTRODUCCION.
—Juan Warren, prófugo del presidio donde fué condenado injustamente, ha inventado un elixir refractario que le hace invisible.

dian nocturno del Museo, saliendo de su habitación. No es hora para visitar momias. Yo mismo, que estoy habituado a ellas, siento miedo...

Cogiendo su bastón el viejo se encaminó a la puerta. Los golpes redoblaban.

—Ya voy, ya voy — gritó fastidiado mientras abría los cerrojos.

Crugió la pesada puerta al girar sobre sus goznes.

—¿Quién llama? — exclamó el guardián asomando la cabeza sin ver a nadie.

—Si no fuera tan tarde diría que ha sido uno de esos palomillas que van golpeando las puertas para divertirse. Pero ya es cerca de medianoche...

La calle estaba solitaria.

Convencido de que había sido una broma de niños o de gente ociosa, el viejo bajó la gradería blandiendo su bastón y murmurando:

—Que yo los pille y así les doy en la cabeza...

Un murmullo como de risa contenida, estremeció al guardián, quien volvió atrás la cabeza. Intrigado, dió luz a la sala del museo y fué tremenda su sorpresa al ver en la gradería huellas de pies desnudos. Estas huellas continuaban hasta la galería de momias egipcias.

—Ha entrado un hombre mientras di vuelta la espalda — pensó el viejo —. Yo le enseñaré a burlarse de mí.

En puntillas siguió las huellas del intruso. —Le descubriré aunque se oculte dentro de un sarcófago — exclamó el valiente viejo.

En medio de una sala rodeada de vitrinas, se destacaba un nicho de cristal y dentro de él una mano apergaminada, cuyos dedos estaban llenos de preciosas joyas.

Era la momificada mano de un Faraón egipcio, recientemente descubierta por

Lord Harrold. Los brillantes y esmeraldas de aquellos anillos valían millones de libras. Puede decirse que eran inapreciables.

El guardián del Museo se dijo:

—Si es un ladrón el que ha entrado aquí, seguramente vendrá por esas joyas.

Por suerte él estaba allí y sabía defender el tesoro.

De pronto la mano comenzó a moverse; el viejo quedó petrificado de espanto.

Con ojos dilatados por el terror vió que la mano se levantaba del estuche de terciopelo, salía del nicho de cristal, poco a poco comenzaba a flotar en el aire y se aproximaba a él.

—¡Un fantasma, auxilio! — gritó despavorido el viejo.

La mano continuaba acercándose; el infeliz guardián al huir de la macabra aparición tropezó en un mármol y azotó contra él la cabeza. El golpe le dejó sin conocimiento.

—¿No les decía que era muy fácil entrar aquí? — murmuró Legs Gaiton asomando la cabeza por un barrote de la ventana. — Todo está carcomido. Basta, Julián, no saques otra barra... Ya podemos entrar.

Cinco facinerosos se descolgaron por una escalera de cordel y saltaron a la galería del segundo piso.

—Primero vamos a visitar al guardián— ordenó Legs —; y para evitarnos trabajo, antes de aturdirle le preguntaremos dónde está la mano del Faraón.

Los cinco enmascarados avanzaron en dirección a la gran escalera y de allí al cuarto del guardián.

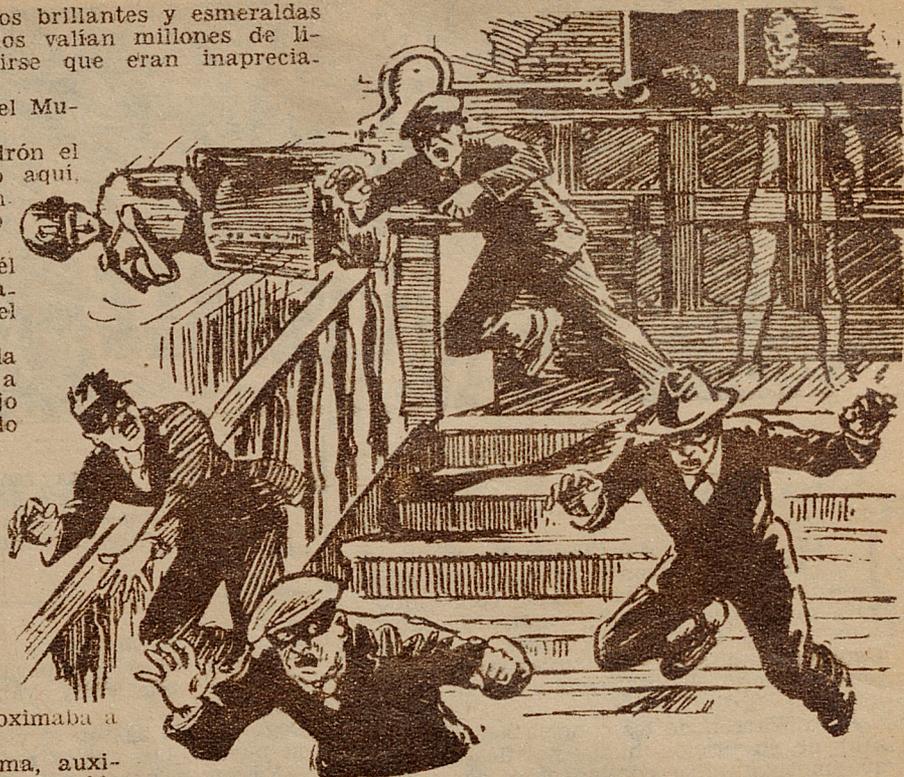
Legs divisó al viejo rendido sobre la cama y gimiendo.

—Tiene pesadillas — dijo Legs entrando a la habitación, revólver en mano.

—El fantasma — murmuró el viejo incorporándose —. Váyanse, váyanse.

Pero al divisar a los cinco enmascarados el pobre guardián olvidó a los fantasmas y pretendió huir de una realidad que se le presentaba en forma tan trágica.

—¿Estabas soñando? — le dijo Legs Gaiton. — Bueno, si quieres dormir sin pesadillas y bien tranquilo, nos vas a decir en



LA MANO ENJOYADA apuntaba con el revólver a los bandidos aterrados.

cuál galería se encuentra la mano del Faraón.

—Este museo está maldito — balbuceó el guardián —. La mano del Faraón anda sola... Quiso estrangularme. No la toquen. Aunque ustedes sean los bandidos más valientes y atrevidos no se acerquen. Les juro que esa mano está hechizada. Les cojerá como me cogió a mí...

—Cállate, viejo loco — exclamó impaciente Legs Gaiton.

Y con bárbara crueldad golpeó el cráneo del viejo con la cacha de su revólver.

Sin lanzar un ¡ay!, el infeliz hombre quedó aturdido.

—Vamos — dijo Legs Gaiton a sus compañeros.

Ninguno de los cuatro forajidos le siguió.

—Vea, señor — insinuó uno de ellos —, tal vez el viejo tiene razón. Mejor es que huyamos.

—Idiotas — vociferó Legs —, adelante.

De súbito la luz mortecina de las lámparas veladoras se apagó y el Museo quedó en tenebrosa obscuridad.

—Al diablo con las joyas — protestó uno de los enmascarados —, el viejo tenía razón.

Legs encendió su linterna y subió hasta la mitad de la escalera.

—Si ustedes son tan cobardes, quédense aquí — dijo Legs —, pero no participarán en el reparto de las joyas.

Legs Gaiton avanzó hasta el centro de la sala y al punto, merced a su linterna descubrió el nicho de cristal con la mano faraónica.

¡Qué maravilla! — balbuceó el joyero —, esos anillos valen una fortuna.

Legs rompió el cristal y sus dedos tocaron la mano enjoyada.

Estaba tibia. Cuando pretendió levantarla de su estuche los dedos se crisparon.

—La habrán atornillado... — se dijo Legs, algo atemorizado.

Los dedos se movían y por fin la mano dió una vuelta y apñisionó el puño del ladrón.

Por un instante el joyero perdió la cabeza; sin embargo, más pudo en él la codicia que el miedo, y dando un fuerte tirón se desprendió de la momia.

—Fantasma o hechizo... no me importa —murmuró el judío —; yo me apoderaré de los anillos.

Desesperado alzó su revólver, pero la mano le sujetó el arma y comenzó a fiotar en el espacio hasta que empuñada en forma amenazante dió un golpe al bandido en plena frente.

En seguida la enjoyada mano cogió el revólver y disparó tres tiros.

Ya era demasiado... Legs Gaiton horrorizado retrocedió y cayó rodando escalera abajo.

En su caída tropezó con una estatua y la volcó.

Sus cuatro compañeros huyeron como perseguidos por mil demonios.

Entre tanto desde la baranda de la escalera la mano de la momia continuaba amenazando a los ladrones con el revólver.

—Huyamos — ordenó Legs —. La escalera de cordel está aún en la ventana.

Chillando como niños medrosos, los cinco enmascarados corrieron por las galerías. Pero ya la fuga era imposible.

El viejo guardián avanzaba en compañía de cuatro carabineros.

El Invisible presenciaba la captura de los ladrones con íntimo regocijo.

Algo no obstante preocupaba a Juan Warren.

Su mano derecha no había recibido el baño del ELIXIR REFRACTIVO y por consiguiente era visible.

Para llevar a cabo sus planes el Invisible sólo había teñido su mano derecha con una pomada amarillenta que la asemejara a la apergaminaada mano faraónica.

Y fué así como ejecutó su plan.

Con un diamante abrió un círculo en el nicho de cristal; sacó la momia y colocó en su propia mano los anillos.

Así pudo engañar al guardián y a los miembros del Círculo Negro.

Mientras los carabineros colocaban esposas a los ladrones, Warren volvió a colocar los anillos a la mano faraónica y la depositó sobre su estuche de terciopelo.

—Y ahora a huir yo también — se dijo el Invisible.

El oficial de Policía subía la escalera con el guardián quien le relataba la espeluznante historia del fantasma.

¿Dónde ocultaría el Invisible su mano?

Cerca de allí había un sarcófago vacío; Warren abrió la tapa y se tendió en su cavidad.

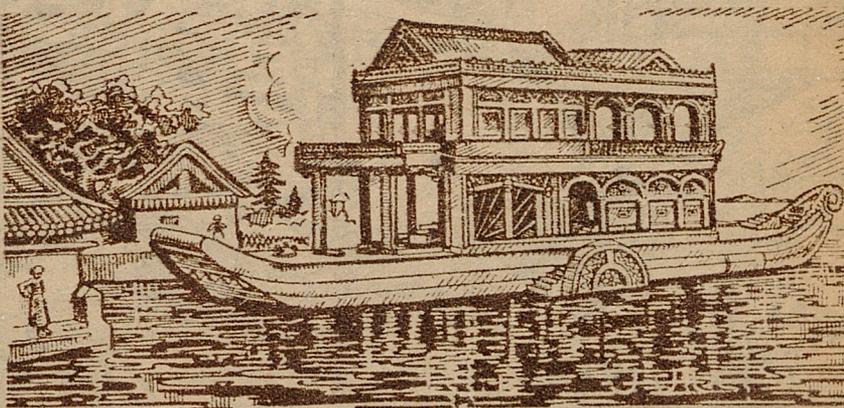
—Por suerte los ladrones no se llevaron las joyas — exclamó el guardián —. Han estado registrando hasta los sarcófagos... Y al decir esto el viejo apretó la entreabierta tapa del ataúd egipcio y le corrió los cerrojos.

El Invisible estaba prisionero. El sarcófago era de mármol y no permitía que entrara ni un átomo de aire.

Se asfixiaría... ¿Era esto preferible a ser tomado prisionero?

(Continuará).

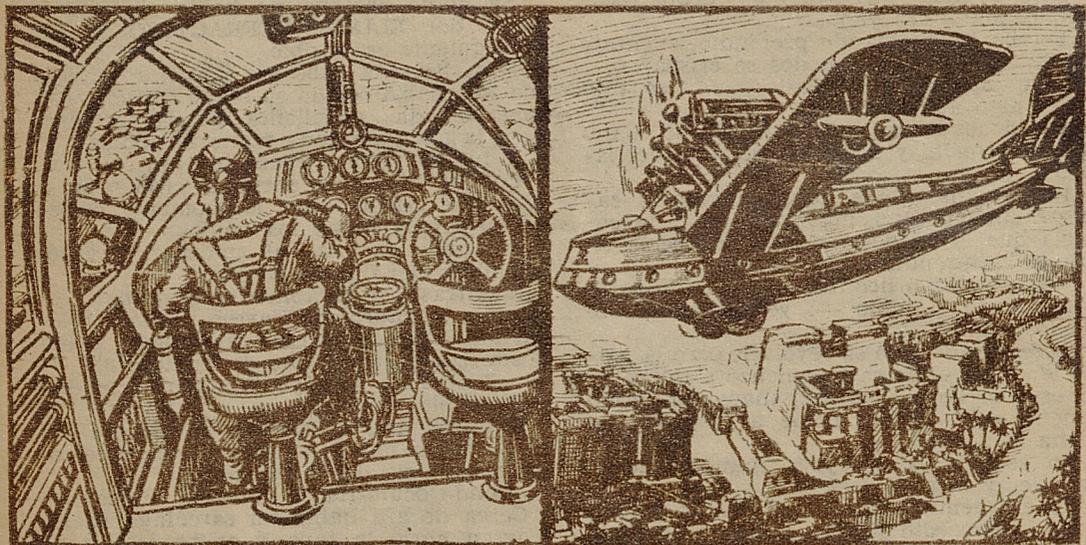
Algo nuevo,
extraño,
pero cierto
Maravilloso
barco chino,
hecho
de mármol



Parece increíble que se pudiera hacer un barco de mármol. Sin embargo, existe uno, lindamente tallado, en el lago del Palacio Imperial de Verano, a pocas millas de Pekín. Como el mármol es uno de los materiales más frescos, éste, unido a las brisas del lago, debe haber sido un refugio muy agradable para los antiguos emperadores de China (China es hoy República). El lago es también artificial; fué hecho para deleite de los soberanos.

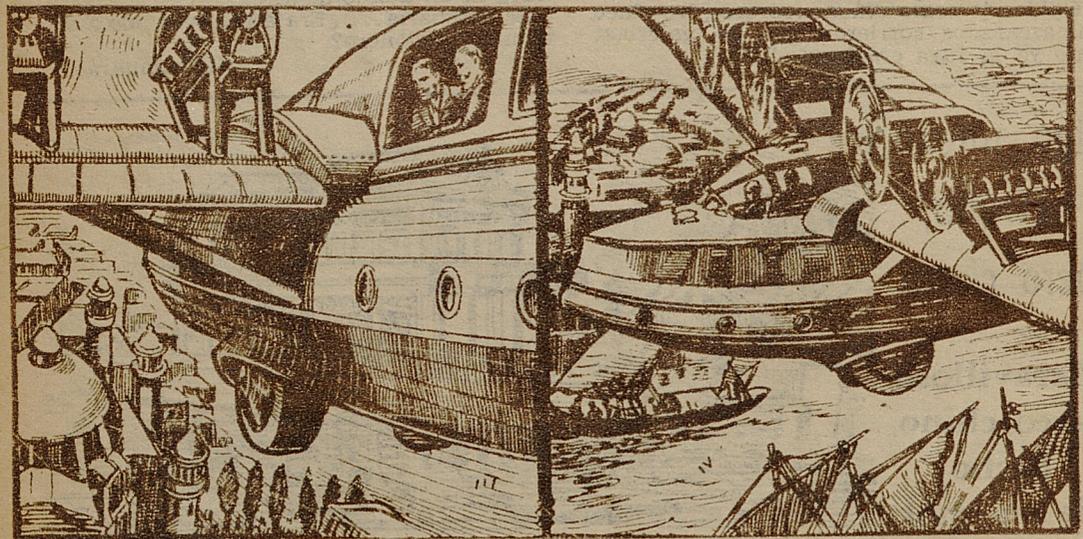
¡Quien lea «CLARIN», se convencerá que es una de las mejores revistas para la juventud!

Quintín el



1. Quintín, el profesor Prewe y Daniel acababan de descubrir un valioso pergamino encerrado en un cofre, dentro de la tumba del sumo Sacerdote Athop, de la ciudad de Ra. Se trataba en el documento de un tesoro.

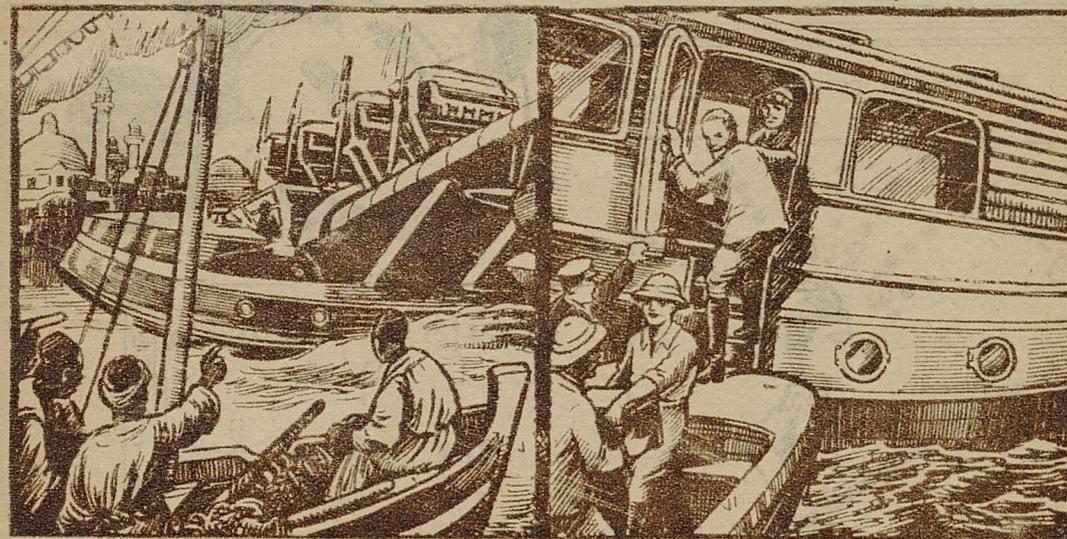
2. —Está sepultado en un lago — había dicho el egiptólogo. Y con aquel dato, los aventureros se lanzaban en su busca. Guiado por el joven piloto, el hermoso avión volaba sobre las aldeas que bordean el Nilo.



3. —Vamos a Port Said, a proveernos de trajes de buzo — había propuesto Quintín y algunas horas después, amaraba, graciosamente, el hidroavión en medio de las embarcaciones que llenaban el gran puerto.

4. Los nativos no podían menos que admirar aquella inmensa ave que se mecía sobre las olas, sin rozar siquiera, con sus alas a las barcas vecinas. El hidroavión era de cuatro motores y de dimensiones extraordinarias.

Aventurero



5. No era extraño que los marinos le señalaran, extasiados. —Mientras ustedes se proveen de lo necesario para bucear el lago, yo iré a consultar a mi amigo Cumming, un notable egiptólogo — declaró el sabio Prewe.

6. No tardó en atracar una lancha en la cual desembarcaron los pasajeros llevando consigo el precioso cofre. Sin perder un instante, el profesor fué donde su colega y Quintín en busca de trajes para los excursionistas.



7. Apenas provisto de lo necesario fué a caza del sabio Cumming. Incluidos ante el pergamino, seguían los trazados, tomando nota del más mínimo signo. ¿Y bien, qué han descu-

8. —En primer lugar — dijo el egiptólogo — mi colega Prewe estaba en lo cierto al declarar que el tesoro está en un lago situado en el sur del Sudán. Por aquí debe encontrarse el tesoro de Athop — dijo, señalando el

PROBLEMAS

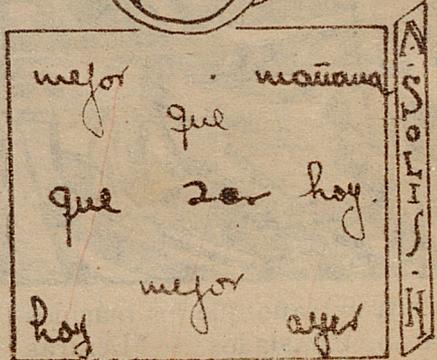
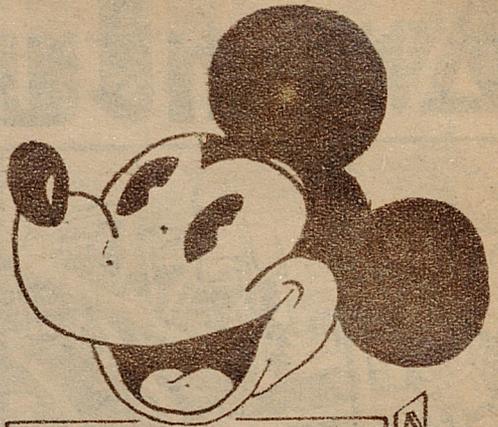
RATON MICKEY, por H. Solís.

EL PENECA, por Gold-Heart.



Inicial: El Peneca.

E, Del verbo ser; L, Mamífero carnívoros;
P, Parte delantera de la nave; E, Barco pequeño;
N, Planta acuática; E, Planta comestible;
C, Arca; A, Colaborador de esta revista.



Todos los que deseen saber lo que significan estas palabras revueltas, no tienen más que tratar de juntarlas con cuidado hasta formar una frase muy interesante.

ADIVINANZA ILUSTRADA, por Celso.

Corre a la derecha
por el mismo sendero;
entra, sale, vuelve
por el mismo agujero.

CONCURSO ESTRELLAS DEL CINE

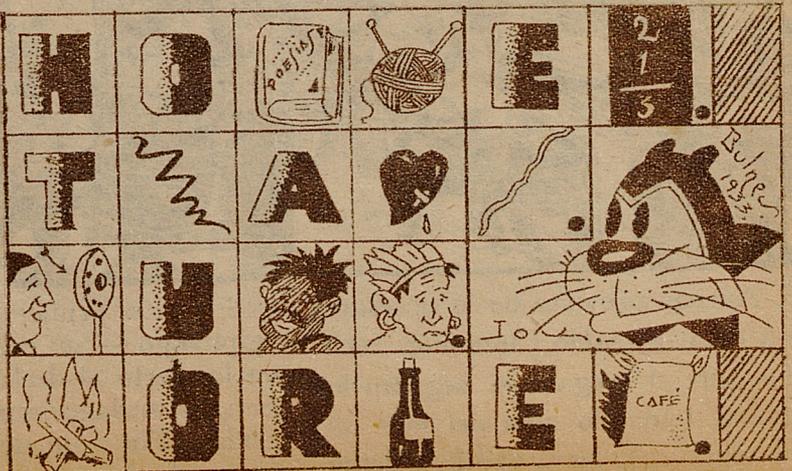
NUMERO 97

Por JOY

¿QUIENES SON ESTOS CUATRO ARTISTAS?

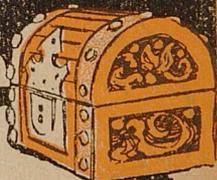
Este concurso consiste en reemplazar por letras la inicial de los dibujos intercalados.

Será premiado con \$ 5.— el dibujo que se publique y habrá dos premios de \$ 5.— cada uno para sortear entre los que envíen soluciones exactas.



LA CAMPANILLA

ENCANTADA



CAPITULO XI

RESUMEN.—Sibila de Kerolán habita el castillo de su tío. La dama Beltramina, hermana de la condesa de Kerolán, le ha obsequiado una campanilla encantada. Su prima, Marfisa, criatura envidiosa, se apodera de la campanilla y hace un maleficio a Sibila. El duque Floridor descubre la perfidia y roba la campanilla. La manda con el lacayo Picardo a su dueña.

LOS contrabandistas, al verse sorprendidos por un crucero, trasbordaron a las cautivas a un bote y arrojaron al lacayo al mar.

—Salva al buen Picardo, hada bienhechora—había rogado Sibila, agitando la Campanilla Encantada.

De ahí que Picardo, aunque no sabía nadar, flotaba en el agua y braceaba en dirección al bote. Sibila y Beltramina le ayudaron a subir a la embarcación. La nave los recogió minutos después. Al escuchar la narración de la aventura de los naufragos, el capitán desistió de perseguir a los contrabandistas, que ya habían huído lejos, y viró hacia la costa.

—Noble señorita—explicaba Picardo—, el duque Floridor descubrió el secreto de la Campanilla Encantada y escuchó un voto funesto para usted, formulado por la señorita Marfisa. Adivinando mis dotes de inteligencia, valor y astucia, me envió a salvaros. Arriesgando mi preciosa vida, he logrado devolver a la señorita Sibila la Campanilla Encantada.

El barco se detuvo cerca de la playa y los pasajeros fueron desembarcados. Apenas habían caminado algunos pasos, se les presentó un muchacho, pinche del castillo.

—Justino, ¿qué haces aquí?—exclamó, sorprendido, Picardo.

Justino era un muchacho listo, astuto, dis-





puesto siempre a hacer malas jugadas al resto de la servidumbre.

—El señor duque me mandó en busca de estas damas—respondió con aire cándido el pinche—. Tengo que hablarles de cosas muy graves. Señora Beltramina, señorita Sibila, las invito a tomar asiento en el musgo.

Las damas obedecieron en silencio. Ambas aguardaban anhelantes el relato del muchacho. Picardo las imitó.

Con una locuacidad mareadora, Justino comenzó un largo discurso sin sentido ni hilación. Beltramina bostezó, Sibila pensaba en otra cosa y Picardo se durmió. Sibila había colocado la Campanilla Encantada a su lado... Justino hablaba y hablaba como una lora ebria. Por fin calló: con una reverencia se despidió.

—¿Qué significa esto?—balbuceó, intrigada, Beltramina—. ¿Acaso el pinche estará trastornado? ¿O se tratará de alguna pillería? Me parece que Justino



se ha burlado de nosotros. Ha tratado de adormecernos con su parlanchinería.

—No comprendo—murmuró Sibila, inclinándose a recoger la

campanilla. —¡La campanilla no estaba ahí!—exclamó Beltramina, levantándose—. La tenías más cerca de ti, Sibila. Si la hubiera cambiado...

ró: —Hada benéfica, deseo ver al bohemio que, con un pretexto falso, me obligó a salir del castillo.

Apenas la joven hubo terminado la frase, se escuchó el rechinar de ruedas mal ajustadas, la voz de un gitano que animaba a su cabalgadura.

Arriba, en el camino que bordeaba la costa, apareció un carromato de bohemios. Sibila dio gracias al hada. Beltramina olvidó sus sospechas y Picardo batió palmas.

—¡Hurra!—gritó—. Tenemos la Campanilla Encantada. No la cambió el pícaro Justino. Ya no me volverán a arrojar al mar.

Distinta habría sido su actitud si hubieran sabido la verdad. Justino no se había alejado mucho. Escalando la pendiente, había llegado a un grupo de rocas



que ocultaban el paisaje.

—Ya, mi señorita — gritó con entusiasmo.

Una silueta femenina avanzó entre los peñascos. Era Marfisa de Kerolán.

—¿Tienes la campanilla?— preguntó, febril.

—La tengo, señorita. ¡Puf!—hizo, despreciativo, el pinche—. Fué de lo más sencillo. Les conté una historia capaz de hacer dormir al más listo. Mientras me escuchaban sin comprender palabra, cambié las campanillas... Aquí tiene la buena, señorita Marfisa.

Con manos ávidas, Marfisa cogió el talismán.

—Te pagaré este servicio, Justino. Te daré mucho oro...

Ahora, vuelve al castillo y no digas una palabra de lo que has hecho ni de lo que viste... Si no...

Justino echó a correr, sin escuchar las amenazas. Marfisa agitó entonces la Campanilla Encantada, murmurando:

—Deseo ver inmediatamente a los bohemios.

En el acto apareció en el camino el carromato que, desde abajo, vieran Beltramina, Sibila y Picardo.

En la puerta del carro apareció un hombre y una mujer. Una muchachita de unos diez años se asomaba, curiosa, por la ventanilla. El gitano joven, causante de to-

(Continúa más adelante)



SORTEO SEMANAL DE «EL PENECA»

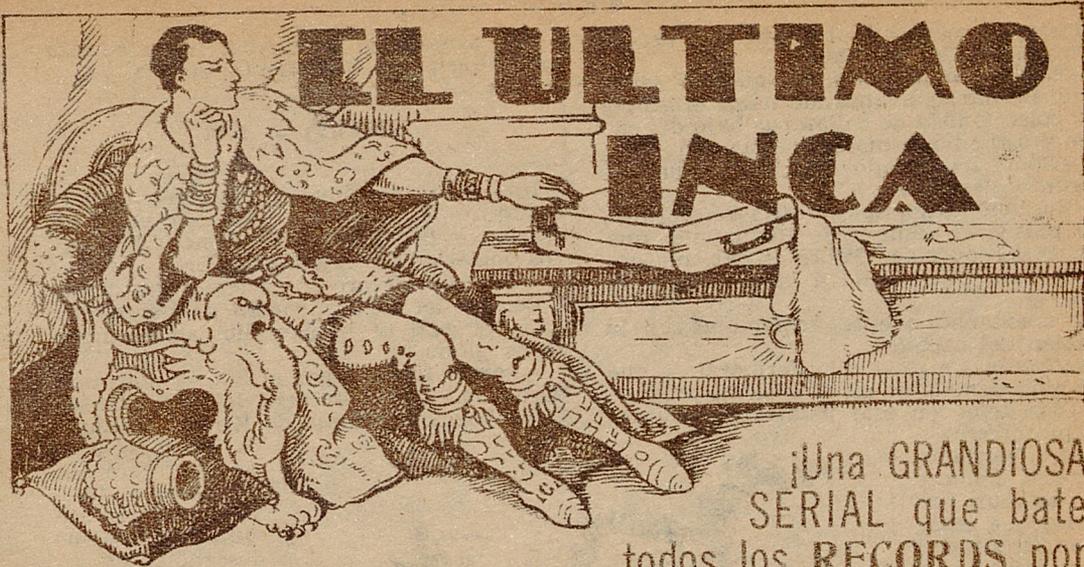
EFECTUADO EL SORTEO DE LA EDICIÓN DE "EL PENECA" DE 9 DE ABRIL, SALIERON FAVORECIDOS LOS SIGUIENTES NÚMEROS:

- N.o 46142.— Con un par de medias marca HONEY MOON.
- N.o 65701.— " un billete de \$ 10.—
- N.o 47563.— " un par de calcetines de la FABRICA CAFFA-RENA HNOS.
- N.o 42741.— Con 13 madejas de lana marca Mimosa.
- N.o 52075.— " un par de medias marca HONEY MOON.
- N.o 70578.— " un billete de \$ 10.—
- N.o 58872.— " 12 madejas de lana marca Mimosa.
- N.o 47634.— " un par de calcetines de la FABRICA CAFFA-RENA HNOS.
- N.o 52076.— Con un par de medias marca HONEY MOON.
- N.o 41342.— " un par de calcetines de la FABRICA CAFFA-RENA HNOS.

Estos premios serán pagados a la presentación de "El Peneca" premiado

20498 *

LAS MEDIAS Y CALCETINES que obsequiamos son de la FABRICA DE TEJIDOS DE CAFFARENA HNOS., situada en General Korner (ex calle Cueto) N.º 374. La que tiene el mayor y más variado surtido en el ramo.



EL ULTIMO INCA

¡Una GRANDIOSA SERIAL que bate todos los RECORDS por su VIGOR DRAMATICO y el ENCANTO de sus AVENTURAS!

RESUMEN. — Marcial Dugat, sus dos hijos, Guisela y René Dugat, están desesperados por la desaparición de Raúl Dugat, sobrino de Marcial. Un viejo ezeccéntrico, llamado Alejo Vermorci ha visto a Raúl secuestrado por dos extranjeros. Poco a poco se descubre que los raptores de Raúl son fanáticos incásicos y que el joven secuestrado es el último de los Incas. Guisela ha encontrado viejos documentos escritos por MARIA ROCA, descendiente de Atahualpa IV y bisabuela de Raúl Dugat. Los indios del Perú organizan una revolución a fin de formar de nuevo el gran imperio incásico. Raúl Dugat convertido en Atahualpa V, infunde terror a todo el mundo y principalmente al cónsul del Perú, Artigas, quien culpa a Marcial Dugat de la revolución que efectúa en el Perú su sobrino Raúl. Entretanto, Atahualpa V sufre nostalgias de la patria en su imperial palacio. Marcial Dugat parte con su familia y el cónsul Artigas, al Perú, a bordo del "Santa Laura". Los Dugat viajan con nombres falsos a fin de despistar a los revolucionarios incásicos. También viaja en el mismo barco Bernardo

Martuchú, joven de la nobleza incásica. En un momento de cólera, porque René Dugat habla con menosprecio de los incas, Martuchú pretende apuñalarle y no lo hace, porque René manifiesta ser amigo de Atahualpa V. Bernardo Martuchú desembarca clandestinamente antes de llegar al Callao, y se dirige al palacio de Atahualpa V. El emperador revisa el correo de Lima y ve en una fotografía a su tío Marcial y a Guisela fotografiados como viajeros en el Perú, con nombres supuestos. Entretanto, el gran sacerdote Hoyac trama un nefasto complot contra los peruanos. René Dugat viaja en un tren a Jauja y cae por una puercecilla al llegar a un puente. Esta caída salva su vida, porque los revolucionarios han minado el puente y todos los pasajeros perecen.

Bernardo Martuchú es llamado al lecho de muerte de su padre, quien le revela que fue su bisabuelo el príncipe Amalvi, quien hizo huir a María-Roca. El moribundo alcanza sólo a decirle que el subterráneo que da acceso al templo de Khon en el palacio imperial, está bajo un olivo del huerto. Atahualpa ha ordenado a sus soldados que rapten a Guisela.

CAPITULO IX

BERNARDO Martuchú estaba solo en el mundo.

Esa mañana habían enterrado con todo el rito pagano a su padre, el príncipe Amalvi. Descansaba el anciano en la caverna de los Martuchú y una inscripción más quedaba esculpida en esa roca ya grabada durante siglos por los miembros de esa noble familia.

El joven sólo tenía parientes lejanos que odiaban a esa rama de los Martuchú, porque no se aliaban con los grandes sacerdotes y tenían comercio con los civilizados.

Todos ellos formaban parte del partido de Hayac y querían que desapareciera todo vestigio de España.

—Y entretanto Atahualpa V — pensaba Bernardo —, me encuentra violento y fanático. Me dedicaré enteramente al servicio del último de los Incas y daré mi vida por él si se necesita.

Bernardo sabía de su magnífico palacio y bajó al huerto.

De pronto escuchó una acalorada discusión, seguida de gritos y vociferaciones de los indios.

Bernardo divisó dos hombres a caballo rodeados de una media docena de indios. Uno de los jinetes con cucalón de lona y una caja verde en bandolera, discutía con los criados.

—Uds. me dicen que estoy en la heredad de don Bernardo Martuchú... Pues tanto mejor. Soy amigo del patrón.

¡La mejor lectura de cuentos, novelas e historietas, encontrará usted en «CLARIN»!

Martuchú reconoció al punto a su excéntrico amigo Alejo Vermoral.

—Encantado de verle, mi querido señor — dijo Bernardo, avanzando hacia el grupo.

El coleccionista de callampas bajó del caballo y estrechó la mano de Martuchú.

—¿Cómo ha Megado Ud. hasta aquí? — preguntó Bernardo.

—Buscando callampas — dijo Vermoral—. Qué país más admirable. He hallado una especie desconocida. Podré enviar una comunicación interesante a la Academia de Ciencias.

El muchacho que le acompañaba bajó también del caballo.

—¿Creerá amigo — dijo Vermoral —, que este niño tiembla de miedo? Yo me pregunto, ¿qué teme en este país tan tranquilo, tan pintoresco?

Alejo Vermoral parecía ignorar que estaban en guerra, que existía un emperador de los Incas y que era peligroso llegar a la montaña andina.

—No siga internándose en los Andes — dijo Bernardo —. Ya que ha llegado a mis tierras, quédese conmigo. Yo tengo el mayor placer de tenerlo por huésped en Mairo.

Los dos amigos almorzaron juntos y después Vermoral se tendió en una hamaca tendida entre los añosos olivares.

Bernardo volvió a engolfarse en sus melancólicas ideas.

Estaba solo en el mundo; nada le ataba a la vida y sólo pensaba en ser útil a su emperador.

Alucinado veía a la hermosa joven María-Roca salvada por su bisabuelo el príncipe Amalvi, surgiendo de un subterráneo en ese mismo huerto donde él descansaba ahora.

—¿Cuál de estos olivos encerrará el secreto que mi padre moribundo quiso revelarme? — murmuró Bernardo.

De pronto divisó un lagarto que trepaba al tronco de un viejo olivo. Siguiendo la ruta del reptil, Bernardo advirtió que desaparecía en el hueco del tronco.

Levantándose con mucho sigilo, el joven metió la mano dentro del hueco y notó que había allí una profunda cavidad.

—Parece que todo el tronco está hueco... Qué curioso — pensó Bernardo.

En seguida vió que había en la corteza una inscripción hábilmente tallada:

AMALVI — 1820

Intrigado por aquella inscripción, Bernardo trepó al olivo y volvió a meter el brazo por la oquedad del tronco. Sus dedos cogieron un objeto metálico.

—Un tubo de oro — exclamó Martuchú. Dentro del tubo encontró un pergamino sobre el cual se habían dibujado complicados planos.

—Por la Luna y por el Sol — murmuró Bernardo —, es el secreto del subterráneo. Llega hasta el templo de Khon. Atahualpa IV conocía el secreto; pero sin duda no tuvo tiempo para comunicárselo a sus descendientes.

Bernardo Martuchú ignoraba que el gran sacerdote Mití, antes de morir había confiado ese secreto al último de los Incas, quien como hemos dicho en capítulos anteriores, tenía costumbre de retirarse una hora diaria a la torre del templo de Khon y reflexionar allí melancólicamente sobre su imperial destierro.

El huerto de la familia Martuchú era recinto privado de sus moradores; de allí que el tubo de oro se hubiera conservado a través de un siglo, sin que manos rapaces le sustrajeran. Un rumor de pasos

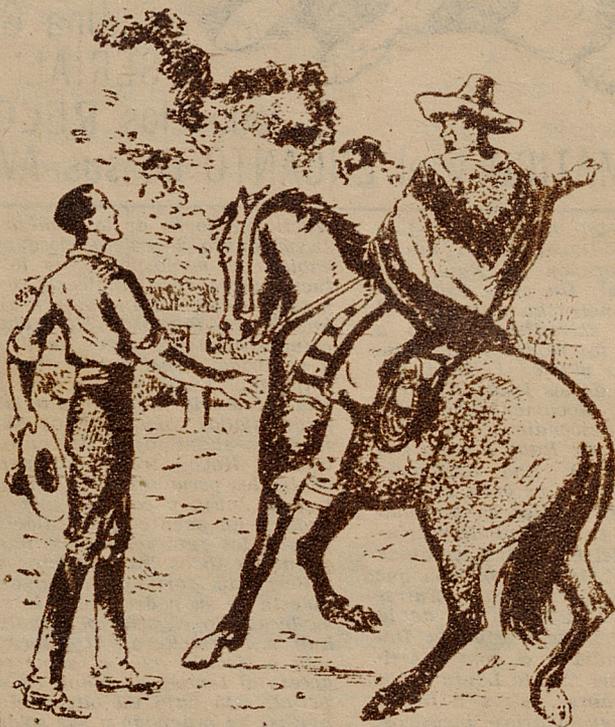
atrajo la atención de Bernardo. Alguien caminaba tras de la pirca de piedras que cerraba el huerto. El natural atavismo de su raza, movió a Martuchú a ocultarse entre las breñas, como perro de caza.

Un individuo joven que parecía extenuado trepó el muro divisorio y vacilando dió algunos pasos más hasta caer desmayado cerca del olivo donde se hallaba Bernardo.

Martuchú se aproximó al caminante y vió que sus ropas estaban destrozadas y manchadas con sangre.

—Rogelio Artigas — murmuró estupefacto Bernardo.

En el acto Martuchú ordenó a sus criados que lo trasladaran a la casa. La vieja nodriza de Bernardo vendó las heridas del



—DI AL EMPERADOR que pario al momento — dijo Bernardo al mensajero de Atahualpa V.

¡Después de la revista «EL PENECA», no hay quien pegue con «CLARIN»!



**GUISELA VIAJABA EN UNA HAMA-
CA PORTATIL, que cargaban dos sol-
dados de Atahualpa V.**

caminante, que por lo demás eran leves, y le dió a beber un cordial.

—¿Cómo se siente Ud.? — interrogó Bernardo al joven, que entreabría los párpados.

—¿Es Ud.? — interrogó a su vez René Dugat—. Creo que he cogido una fiebre maligna en los pantanos de Mantaro.

Bernardo colocó un polvo blanco en un vaso de agua y lo dió a beber al enfermo.

—¿Quinina? — interrogó René.

—Sí — dijo Bernardo—. ¿Tal vez pudo Ud. pensar que era veneno?

—No — replicó René —, tenemos intereses comunes. He venido en motocicleta hasta el puente de Francisco Pizarro. Allí soldados peruanos me persiguieron creyéndome espía de los indios. Herido y sediento me arrastré durante dos días hasta llegar a Mairo. Quería hablar con Ud.

—¿Conmigo y con qué fin? — preguntó Bernardo.

—Voy a decirle la verdad — dijo René incorporándose en el lecho—. Soy René Dugat, primo hermano de Atahualpa V. Nunca me he separado de él hasta que Uds. le raptaron.

—Ahora comprendo todo — balbuceó emocionado Bernardo.

—¿Atahualpa le habló de mí?

—Sí, me dijo que Ud. era su mejor amigo.

—Bernardo, ¿Ud. le quiere mucho, verdad? — murmuró René Dugat.

—Daría mi vida por él — dijo Bernardo.

—Explíqueme Ud. por qué ordenó minar el puente de las Palmas y quién le aconsejó esa monstruosidad.

—Ud. delira — protestó Bernardo —; el Emperador no...

—Yo viajaba en el rápido de Lima a Jauja, caí del tren por obra de un milagro, pero todos los pasajeros perecieron. Todos, todos. En un poste del puente minado flameaba el estandarte de Atahualpa V. Di-

game Bernardo, que mi primo no ha ordenado esa matanza...

—Por cierto que no — exclamó indignado Martuchú —, Atahualpa V desea la paz. Es Hayac quien ha ordenado esa matanza. El gran sacerdote del Sol quiere forzar al emperador a continuar la guerra.

En ese momento llegaba un indio a caballo con un mensaje del emperador de los Incas.

Atahualpa, ignorante tal vez de los sucesos sangrientos que se desarrollaban, escribía una cariñosa carta a su fiel amigo.

—Dile que parto inmediatamente a Luchama — dijo Bernardo al indio mensajero.

Bernardo volvió al lado de René y éste al saber que se dirigía al palacio imperial le rogó que le llevara.

—Bien — dijo Bernardo — pero es preciso que Ud. se disfrace.

René Dugat cubrió su rostro con un ungüento café y tiñó sus cabellos rubios con zumo de hojas de nogal.

En seguida Bernardo le prestó uno de sus trajes y dijo a René:

—Diré que es Ud. un pariente mío y le dejarán entrar al palacio imperial.

Guisela despertó de su letargo en plena selva.

Una hoguera a medio consumir brillaba a pocos pasos del sitio donde la habían reostado sus captores.

Los indios dormían envueltos en sus mantas, mientras un centinela montaba guardia frente a una caverna profunda.

La hija de Marcial Dugat creyó que soñaba. En algún libro había leído un romance parecido.

¡No pregunte usted qué revista leerá los jueves! ¡Con comprar «EL CLARIN», basta!

—Me acuerdo que el personaje principal de esa novela era Ojo de Halcón — dijo en alta voz Guisela.

—Señorita — murmuró el centinela creyendo que la niña le dirigía la palabra—. No tenga miedo. Tenemos orden de llevarla al palacio de Atahualpa V.

Guisela ya completamente despierta se incorporó sobre su lecho de mantas y exclamó:

—Entonces, ¿no estoy soñando? ¿Qué ha pasado? Recuerdo que yo dormía, mientras papá llegaba...

—Ignoramos dónde está su padre — dijo respetuosamente el centinela—. Pero podemos decirle que Atahualpa V, vela por Ud. y nos ordenó que la hiciéramos salir de Cuzco, porque un día u otro podía estar Ud. en peligro. Se ha roto el armisticio.

El oficial que así hablaba a Guisela, parecía un individuo muy culto y bien educado.

—¿Ud. se llama Ojo de Halcón? — le interrogó Guisela.

—No, señorita — respondió el oficial—. Soy Jaro, oficial del emperador.

Jaro despertó a los demás soldados y les ordenó que iniciaran la marcha hacia Luchama.

Guisela fué instalada en una hamaca portátil, formada por una gran manta de vicuña, que dos soldados habian atravesado en un palo.

Ni por un instante tuvo miedo la intrépida prima de Raúl Dugat. Esa gente la trataba con sumo respeto y tenia el mayor cuidado en no hacerle áspero el camino.

—¿Vamos a trepar esa montaña? — preguntó Guisela al joven oficial.

—No tema, señorita — dijo Jaro —; estos hombres tienen el pie más seguro que los animales de carga. Están habituados desde largos años a circular por estas montañas.

Al llegar cerca de Luchama, Jaro explicó a Guisela que debía conducirla a un edificio donde estaban los prisioneros del emperador.

—Su Majestad — agregó Jaro — desea que todos ignoren que la conoce a Ud. Lo hace para contrarrestar las intrigas del gran sacerdote Hayac.

Una fortaleza con muros anchos y muy altos recibió a la cautiva de Atahualpa V. En aquel recinto habia más de cincuenta prisioneros de diversas nacionalidades.

(CONTINUARA)

**Grandioso Concurso
de niños artistas
en el Teatro Carrera.
«EL PENECA» colaborará
en forma importante
en ese concurso.**

LAS BASES

EL TEATRO CARRERA llama a todos los niños artistas de Santiago y les da una oportunidad para presentarse en público a lucir sus condiciones, en cambio de premios de valor.

La Empresa recibirá los días MARTES y MIERCOLES de 11 a 12 de la mañana y de 4 a 5 de la tarde a los niños que se interesen por tomar parte en este concurso.

NINOS Y NINAS hasta de DOCE AÑOS DE EDAD. Declamadores, bailarines, humoristas, pianistas, violinistas etc.

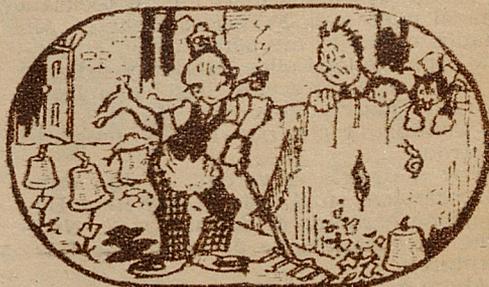
Los encargados por la Empresa seleccionarán entre los niños que se presenten en los días indicados, tres o cuatro números, los cuales actuarán en la MATINEE del domingo siguiente a su presentación.

El último domingo de cada mes se presentarán en una función extraordinaria los niños que ante el público del Teatro Carrera hayan tenido más éxito durante las presentaciones de las matinees semanales.

Entre los seleccionados para actuar en la función de fin de mes, la Empresa obsequiará ejemplares de «El Peneca» y premios de valor en objetos o en dinero.

Cuando los pequeños artistas formen una compañía bien disciplinada y completa, La directora de «El Peneca» hará una revista teatral con todos los personajes que actúan en este semanario infantil.

ALZAS Y BAJAS



EL VECINO.—¿Cuántas clases de semillas ha sembrado este año, Julián?

JULIAN.—Dos clases. Las que salen y las que no salen.

PREMIOS A LOS MEJORES COLABORADORES DEL N.º 1323.

El premio un ejemplar de la novela «Flor Silvestre», de Roxane, con dedicatoria de su autora, a Maopas, por su colaboración «La Princesa Raptada».

Un premio de \$ 5.— a Carlos Cattán, por su poesía «Recuerdos». Otro premio de \$ 5.— a Athenas, por su colaboración «Lanares».

¿Cuál es la única y mejor revista para la juventud, después de «EL PENECA»? ¡«CLARIN»!

Lecciones Prácticas de Dibujo

NUMERO 63

LAUTARÓ METRALLA

Por J. SEPULVEDA

Este concurso servirá a nuestros artistas para estimularles en sus dibujos. Sólo se admitirán los que representen personajes de «El Peneca» o algo original y novedoso.

Aquí tenemos a LAUTARÓ METRALLA muy bien interpretado por J. Sepúlveda.

Cada dibujo publicado recibirá un premio de \$ 5.— y, además, el mejor cuadro tendrá opción a un premio de \$ 100.—, otro segundo de \$ 50.— y tres de \$ 20.—

Sólo se admite un dibujo de cada colaborador.



Los dibujos deben enviarse a «Lecciones Prácticas de Dibujo», Casilla 84-D., Santiago.

Gran Concurso de PROVERBIOS

NUMERO 44

Por MAS



Este gran concurso de ingenio consiste en adivinar el proverbio que representa el dibujo.

Daremos un premio de \$ 5.— a cada dibujo publicado y además, se sortearán dos premios de \$ 5.— cada uno entre los solucionistas.

Adivinen, pues, queridos lectorcitos, qué significa este dibujo.

PREMIOS DE LA SECCION PROBLEMAS DEL N.º 1321.

Un premio de \$ 5.— a Tolán por su dibujo «Los Mellizos».

Otro premio de \$ 5.— a Segundo O. Miranda, por solución a todos los problemas.

Un vale de \$ 5.—, canjeable en la Librería Universo, Ahumada 32, a Luis Pulido, por solución a todos los problemas.

El premio de un tarro ALIMENTO MEYER, que obsequia semanalmente la Fábrica del ALIMENTO MEYER, a Benjamín Valdés, por solución de dos problemas.

¡«CLARIN»!... ¡«CLARIN»!... y ¡«CLARIN»!... la revis-

BROWNING Y C

LOTERIA NACIONAL

Pe **Un billete**

CAPITULO IX

RESUMEN. — Browning y Rabascasse han llegado a Marrakek con el fin de investigar tres crímenes misteriosos: el del judío Mussaief, el de Arturo Smith y del pachá Si-Sliman. Rabascasse decide investigar el asesinato del pachá y el detective americano los otros dos. Con este motivo finge interesarse por comprar la casa del judío Mussaief. Vive allí el hechicero Si-Driss. Browning descubre un rollo de papeles bajo un cofre y los guarda sin ser descubierto. El rollo contiene un billete de la lotería española. Browning, disfrazado de turista, se dirige a la agencia de Loterías de Hernández Golfo. Se encuentra allí con el viejo Si-Driss quien se manifiesta furioso con Golfo. El agente se dirige a un restaurante y Browning le sigue la pista. El detective sorprende la conversación de Golfo y el dueño del restaurante. Se trata de Ali-Lakbar, el mayordomo del Pachá Si-Sliman y de Si-Driss. Browning decide partir a Tames-Rahal, donde se encuentra Rabascasse.



RABASCASSE, al despedirse de Browning, en Marrakek, había cambiado su indumentaria transformándose en un viejo barbudo, de gafas negras y traje de lona blanca. La distancia entre Marrakek y Tames-Rahal no era grande; pero el autocar de esa línea dejaba al pasajero a una milla del castillo oriental.

Rabascasse tuvo que sufrir los 50 grados de calor durante una hora por caminos áridos y sin vegetación. Por fin llegó a la portería de la fortaleza y un centinela le preguntó con feroz acento:

—¿Qué buscas en los terrenos de mi señor?

—Deseo hablar con el intendente Ali-Lakbar.

—Aguarda aquí — respondió el árabe.

Transcurrió una hora y ya Rabascasse pensaba que no sería recibido cuando vol-



vió Jussef diciéndole que el Intendente le aguardaba en la fortaleza.

Un individuo alto, de fisonomía inteligente y facciones finas, apareció envuelto en un blanco bornú.

—¿Qué deseaba usted, señor? — preguntó el árabe—. Soy Ali-Lakbar, el intendente de Su Alteza Si-Sliman, a quien Alá tenga en su cielo.

Rabascasse se había figurado que Ali-Lakbar era un árabe vulgar e ignorante y por cierto que fué grande su sorpresa al hallarse frente a un individuo de modales refinados.

—Soy Herr, profesor Heinrich Kornbuth, doctor en química orgánica y biología de la Universidad de Dortmund — dijo el detective.

DETECTIVES

de lotería

—¿Y qué desea? — interrogó con terquedad el árabe.
—Algo muy importante, algo que conmoverá al mundo científico. Mi nombre pasará a la posteridad. Es una teoría admirable.

—Continúe —, insinuó Ali-Lakbar, pensando que el viejo era un maniático.
—Me han dicho que usted es un personaje de gran cultura —, continuó Rabascasse —; es un placer para mí tratar con eminencias como usted.

Ali-Lakbar se inclinó, demostrando una paciencia oriental.
—Pero querría desarrollar mi teoría sin que nadie nos escuche... Es algo muy importante... La memoria del pachá está en juego...

—Sígame —, murmuró Ali-Lakbar, sin perder su calma.
Ambos se internaron en los pasadizos de la regia fortaleza y Rabascasse pidió al árabe que le hiciera servir una copa de agua.



Ali-Lakbar se aproximó a una mesa llena de botellas, frutas, manjares, etc., y sirvió un vaso con agua a su extraño visitante.

El detective, ya con el vaso en sus manos recordó las últimas palabras del pachá Si-Sliman:

“MUERO ENVENENADO...”

Pero valientemente sorbió hasta el fondo el agua clara.

—¿Le sirvo más? — interrogó Ali-Lakbar.

—Gracias —, repuso el detective—, y ahora vamos a tratar de mi teoría. Usted sabe mejor que yo, que la justicia atribuyó la muerte de Si-Sliman a un veneno.

Ali-Lakbar movió la cabeza afirmativamente.



—Y aun creo que Su Alteza, el pachá, antes de morir, habría afirmado eso mismo.

—Así han dicho —, replicó Ali-Lakbar, impasible.

—Pues bien, yo — declaró el falso científico — después de muchos estudios y experimentos, estoy convencido que la muerte del pachá se debe a causas naturales. ¿No es usted de la misma opinión, Sidi Ali-Lakbar?

—Sólo Alá lo sabe, Alá todo lo puede — respondió Ali-Lakbar, con imperturbable calma.

—Este individuo me parece inocente —, pensó Rabascasse —, a menos que sea el más agudo criminal.

(CONTINUARÁ)

COLABORACION



¿QUE hacer?
Nada ¡Uí,
que aburri-
miento! Casi de-
sesperado salí a
dar una vuelta
por el huerto que
no tengo o sea
por el patio.

Toda la tarde estuve mirando el cielo. Hasta que éste me sugirió una idea estupenda y ella fué la de hacer un viaje a la luna. Planeta inexplorado aún.

Tomé un gran lazo y esperé la aparición del astro nocturno. A la salida de éste, lancé a toda fuerza mi cordel, que fué a inrustarse en un cuerno de la luna.

Agarréme fuertemente del cable y empecé mi ascensión; en pocos minutos estuve arriba. Me senté a horcajadas sobre el cuerno inferior y cuando me encontré en seguridad eché a andar con rapidez.

Anduve miles y miles de kilómetros sin sentirlos siquiera.

Al fin llegué a una de las fosas nasales de la luna y qué fosas eran aquéllas: parecían negros abismos. Seguí caminando



Agarréme fuertemente del cable y empecé mi ascensión.

otro largo trecho y... llegó el resbalón despampanante, era que había caído en un ojo de la impertinente.

Furiosa la respetable señora, me gritó con ruido de terremoto, que la dejase en paz, pues casi le había vaciado un ojo.

Asustado, reanudé mi interrumpida marcha y de repente.... otro resbalón y una nueva regañeta de parte del astro lunar.

Enojadísima amenazóme con estornudar si no me retiraba de encima de ella.

Y, juzguese, pues, mi espanto al oír tal declaración, que casi volando me dirigí al sitio en que había dejado mi cuerda. Presuroso me descolgué por ella; pero cuando iba por la mitad de mi viaje se cortó la la-

TREMAL NAIK

In memoriam

TENIA veintitrés años y durante trece años fué nuestro colaborador. En los primeros tiempos firmó bajo el seudónimo de «Pajarillo herido», y después con el de «Tremal Naik», conocido de todos los peneas de la presente época.

Armando Oyarce Lobos tenía un espíritu vibrante y fino; sus versos y selecta prosa reflejaban la belleza de su alma romántica y sentimental.

Se ha ido en plena juventud y puede decirse de él lo que los griegos afirmaban, con tanta razón:

«El amado de los dioses muere siempre joven».

Vaya hasta su familia nuestra manifestación de dolor.

LA DIRECCION



CUPON para el Sorteo del 15 de septiembre

Con sólo juntar cinco de estos cupones o presentar cinco ejemplares seguidos de la revista con su respectivo cupón, podrán obtener ustedes un boleto para el magno sorteo de Fiestas Patrias.

Próximamente daremos la lista de los grandes premios.

¡Ya, pues, muchachos, todos a leer el «CLARIN», que aparece los jueves!

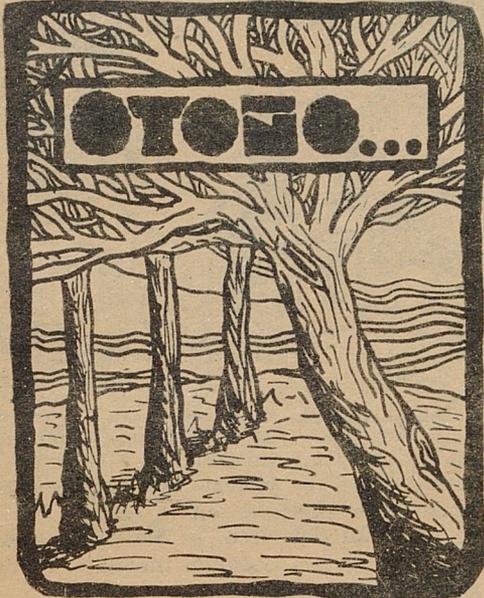
COLABORACION

zada y seguí un descenso más rápido y económico.

Cuando pensé que iba a hacerme papi-lla contra el suelo...

...me encontré debajo de mi cama en un estado deplorable. Figúrense, lectores!

WALDO AVSOLOMOVICH VEGA



Esta tristeza blanca es tristeza de otoño, estas lágrimas de oro son lloros de los árboles y estos sollozos trémulos son cantos misteriosos que en esta tarde mustia arrancan de mi alma...

Golondrinas viajeras..., ilusiones truncadas...
Hojas secas..., recuerdos de minutos celestes...
Sol histérico..., cadáver de alegrías pasadas...

Nada en mi alma, nada, sino llantos silenciosos...

Crepúsculo violeta con ecos de campanas, himno laxo en la hora en que el mundo se duerme, similitud de muerte, misterio del mañana...

Los árboles levantan sus testas desgajadas y sus cuerpos desnudos, clamando una ple-garia...
El otoño se advierte en la tierra y en mi alma...

OSCAR N. VASQUEZ G.
(Ovaguz)

DIBUJO SEMANAL



CUPON PARA CINE GRATIS



Basta presentar 5 de estos cupones, sucesivos y a partir de marzo de 1934 para obtener un vale de platea para los teatros Colón, Rívoli y Rialto.

TRES cupones en las condiciones ya anotadas dan derecho a una entrada a galería a los mismos teatros.

EL CANJE se efectúa los días sábados de 16 a 18 horas en VALPARAISO, Pedro Montt 1722 y en VINA DEL MAR, Calle Valparaíso 539 (Librería Universo).

ESTAS ENTRADAS LAS OBSEQUIA LA COMPANIA CINEMATOGRAFICA ITALO-CHILENA A LOS LECTORES DE "EL PENEGA".

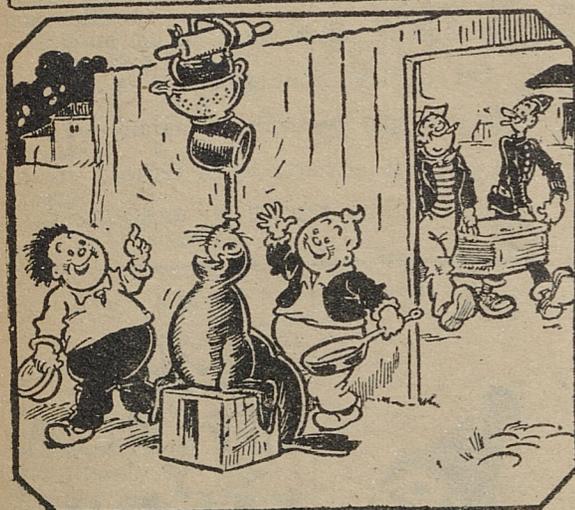
CUPON para el Circuito Teatral LOS CUATRO DIABLOS



CON SOLO PRESENTAR OCHO EJEMPLARES SEGUIDOS DE ESTA REVISTA, A CONTAR DESDE EL NUMERO DEL 5 DE MARZO a Empresa ZIG-ZAG, Bellavista 069, nuestros lectores pueden adquirir un vale que les dará opción a entradas gratuitas de platea, balcón o galería, en todos los teatros de LOS CUATRO DIABLOS.



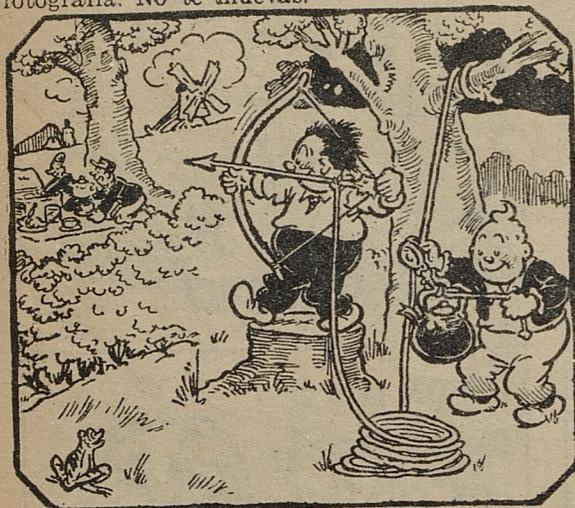
LAS AVENTURAS DE UN



1. Los mellizos están empeñados en enseñar nuevas gracias a Sid, la foca amaestrada del Circo. Toda la batería de cocina figura en esta afamada prueba de equilibrio. — Sujétala, Sidney — canturreó Juanito—. Voy en busca de mi cámara para tomarte una fotografía. No te muevas.



2. Pero todas las advertencias fueron inútiles. Sid hizo un movimiento y la tetera fué a aterrizar en la cabeza del empresario y el lulero hizo cabriolas en la cabeza del famoso guardián del circo. — Malvados gusanillos de pantano. — ¡Socorro, incendio! ¡Que vengan los bomberos!



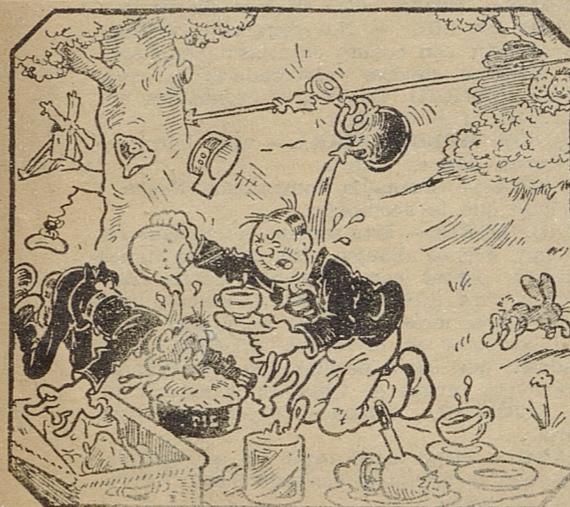
3. Tras de estos gritos se siguió una resolución trágica. — No irán el pic-nic — declaró el tío Tom. — Bien hecho, compadre, es necesario hacer un escarmiento con estos insolentes — aprobó Tony. — ¡Qué injusticia! — refunfuñó Pedrito. — ¡Después que le hacemos el favor de adiestrar a Sidney, abusador!



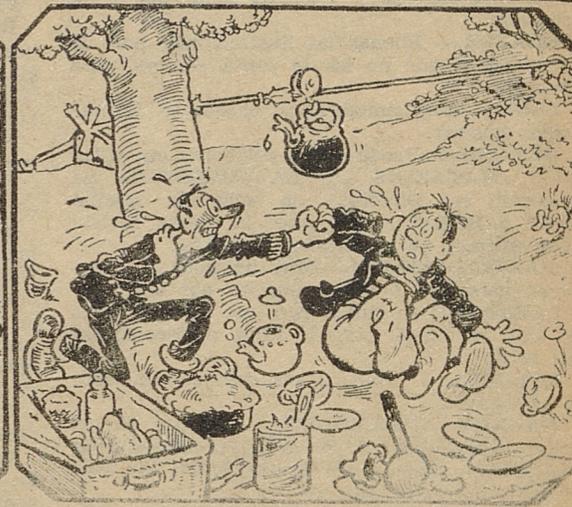
4.—Iremos — resolvió Juanito. En un periquete amarraron un cordel a un tronco y una flecha. Con esto Juanito preparó el arco y disparó. — Ya están echadas nuestras líneas — dijo ufano. — Ahi va la tetera para el té. Tony, ávido, echaba mano del pastel. —Ahora viene bien un remojón con té.

Lea usted, lector, «CLARIN» pero, sí, una vez que haya leído antes su revista: «EL PENECA».

EMPRESARIO DE CIRCO



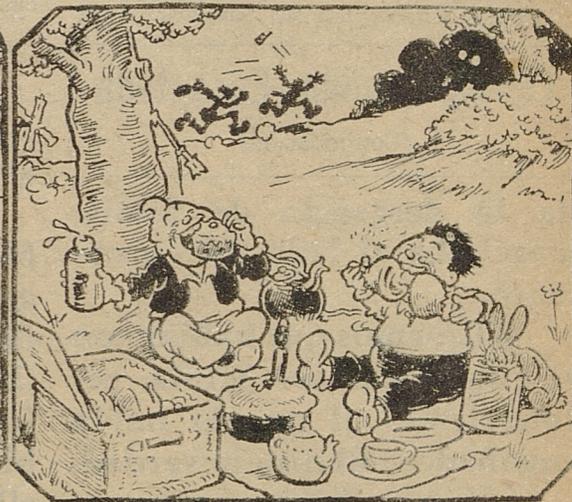
5. Y el remojón llegó como por arte de magia; pero no por el conducto deseado. Al mismo tiempo, el empresario recibía una ducha por el cuello de la camisa. Se estiró la cuerda, sin que los compadres pudieran comprender lo que pasaba. Por cierto que se culparon uno al otro.



6.—¡Si no estamos en el día de los inocentes! — chillaba Tony con la boca llena de pastel. De mí no se buria cualquiera. — ¡Ni de mí! ¡Hay que ver! — gruñó Tom, defendiéndose del enfurecido Tony. — ¡Me la pagarás!, ¡jugarretas conmigo! — ¡A mí con chistes! — ¡Toma! — ¡Toma y que te aproveche!



7.—Quienes van a aprovechar somos nosotros. — De un resbalón llegamos al sitio del combate — decían los mellizos desliziándose por la cuerda. Ya Tom emprendía la fuga, perseguido por su compadre que le amenazaba con una malta doble. — ¡Yo no he sido! — gritaba el empresario.



8.—¡No le creas! — gritó Pedrito. — Aquí no hay ánimas. — Las ánimas no comerían con tanto apetito — barbulló Juanito, mordiéndose un pernil. — Ya no necesitarán esto — agregó Pedrito — medio atragantado con el pastel. Los compadres desaparecían en lontananza, como energúmenos.

«EL PENECA» aconseja a sus lectores que lean «CLARIN»:

A NUESTROS LECTORES

REGINA DURAN.— Queda aceptada como colaboradora y le rogamos se ejercite más en el dibujo.

MARTA LOPEZ.— Decimos igual que a la anterior.

DRATER.— Buenas las ilustraciones, pero le aconsejamos que no les dé tanta sombra para otra vez.

LEON.— Muy simpático su chascarro. Lo haremos ilustrar.

OKLAND.— Puede usted colaborar en «CLARIN», MAGAZINE DE LA JUVENTUD. La dirección es: Directora de «Clarín», Casilla 84-D. o Bellavista 069, pues la nueva revista será editada en la Empresa Zig-Zag.

MAXIMO MORENO.— Muy hermoso su cuento en verso. Lo haremos ilustrar por Lino.

LABARTHE.— Cuide más sus dibujos, pues la idea es buena, pero le falta perfeccionarse un poco.

CALCETA.— Buenos sus dibujos. Daremos lo que envía.

GABRIEL NORAMBUENA.— Trate de escribir a máquina; no se admiten manuscritos.

ALCON.— Haga otro dibujo. El del Tío Tom está ya muy repetido.

SAL.— Con mucho gusto la aceptamos como colaboradora.

SELVATICO.— Suprima la plétora de adjetivos en sus colaboraciones y las verá publicadas.

ALBERT.— Esperamos que nos envíe los dibujos bien hechos que nos ofrece. Desde luego queda admitido como colaborador.

CASSO.— Bueno lo que envía para Lecciones de Cine.

TUTO.— Agradecemos sus felicitaciones por

la creación de la nueva revista «CLARIN», donde puede usted colaborar como lo solicita. Quedan aceptados sus dibujos.

FRANK.— Buenos como siempre sus versos.

RAYO DE SOL.— Nos complace sobremanera advertir con cuánto entusiasmo han acogido nuestros mejores colaboradores la creación de «CLARIN». Daremos el cuento que nos envía para el 21 de Mayo.

VICTOR MOLINA NEIRA.— Muy hermosos sus versos. Irán en Charla.

A. SOLIS.— Buena la composición Noche y el dibujo que la acompaña.

ECHEVERRIA.— Esta semana ha enviado usted muy buenos dibujos. Sin embargo, tenga paciencia, porque como tenemos mucha colaboración para problemas, sólo podremos darla en dos o tres meses más. Por cierto que puede usted colaborar en la revista «CLARIN» y le agradezco que usted declare que «El Peneca» es la mejor revista de Chile en la actualidad.

R. SERRANO.— Buena su composición para Charla.

GABY.— Tiene usted razón de ser optimista, porque su dibujo es bastante bueno. Lo daremos en breve.

ARNALDO GAMONAL.— Buenos sus versos para el 21 de Mayo.

OKYN. Bueno su dibujo.

DHYT.— Perfecciónese más en el dibujo. Agradecemos su entusiasmo por la nueva revista «CLARIN».

GOLD-HEART.— Buenos sus dibujos.

MIRA.— Queda aceptado como colaborador. Le aconsejamos que se perfeccione más en el dibujo, que los haga con tinta china negra.

M. PENRU.— Bueno su dibujo.

ROXANE.

La Campanilla Encantada

(Continuación)

da la desgracia de Sibila, marchaba al lado del carro-mato.

—Tenemos que hablar con el gitano—declaró Sibila, reconociendo al que la había engañado—. El dirá la verdad.

—Vamos, hijita — respondió Beltramina, subiendo la

empinada cuesta que llevaba a la carretera.

Ninguno había visto a Marfisa; envuelta en una larga capa negra, avanzaba en dirección al carro. Por fin iba a completar su obra. Comprobada la culpa de Sibila, el duque se casaría con ella.

(Continuará).

CONCURSO ESTRELLAS DEL CINE
N.º 94.

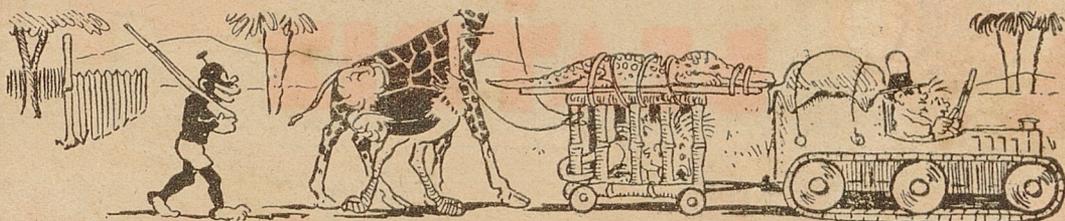
Solución: Cooper — Alba — Wray — Astor.
Entre los solucionistas exactos se sortearon dos premios, correspondiendo \$ 5.— a Sergio Vidal, de Talcahuano y \$ 5.— a Gui-

CONCURSO DE PROVERBIOS
N.º 41.

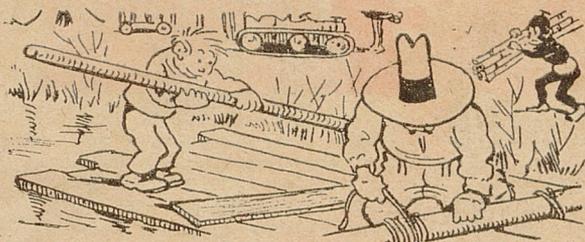
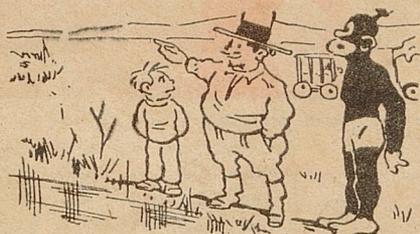
Solución: La ocasión hace al ladrón.
Entre los solucionistas se sortearon dos premios, correspondiendo \$ 5.— a Héctor Segovia, de Santiago y \$ 5.— a O. Mac Ku-

PIN-PIN SARAFIN DA LA VUELTA AL MUNDO

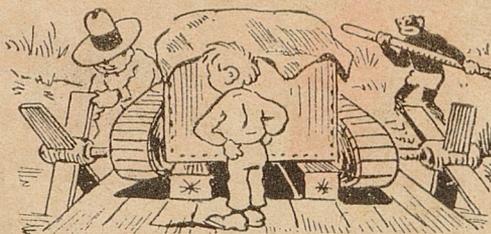
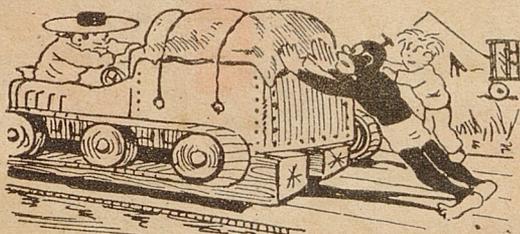
CAPITULO CXXXVIII



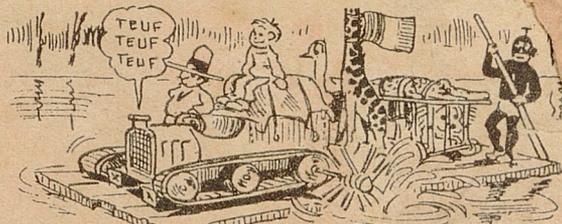
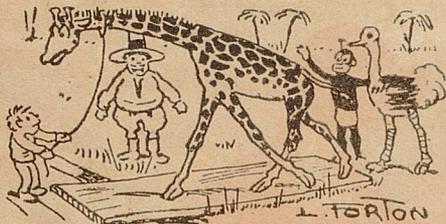
1. La proposición de Mario de cambiar de campamento, fué aceptada por Pin Pin. Al día siguiente, la caravana se ponía en marcha en dirección al río Ubangui. Rompía la marcha el auto-cuncuna de Mario; acoplados, seguían el carro del león y demás animales. Radadu cerraba el comboy.



2. Llegados al gran río africano, decidieron los aventureros seguir hasta su afluente el Kadja. — Como el viaje es largo — explicó Mario, — será mejor hacerlo por agua que por tierra. Ocupémonos de construir una balsa de buen calibre. Apenas estuvo lista la embarcación, deslizaron el auto.



3.—Ahora tenemos que empujar la balsa con remos estilo indígena — dijo el director. — No faltaba más. Nos moriríamos en el camino de fatiga — declaró el rotito. — Yo tengo una idea. Construyamos un par de hélices y las colocamos en las ruedas del auto-cuncuna... ¿Qué les parece?



4.—¡Colosal! — exclamó Mario. — Tú eres un gran cerebro. Estás destinado a la gloria. — Yo no pretendo Gloria — respondió el altivo chileno. — Mi ambición es divertir a los penecas de mi patria. Sé que leen mis aventuras con gran entusiasmo. —¡Viva Chile y "El Peneca" — gritaron todos.

(CONTINUARA)



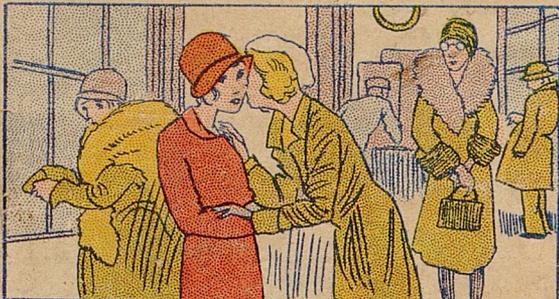
CAPITULO XII



1.—Qué le haremos—dijo la boleterera—. No puedo perder tiempo. Al mismo tiempo, retiraba el boleto de la ventanilla. En aquel instante, una mano se posó sobre el hombro de Lina. La niña retrocedió espantada. Al momento se imaginó que sus tutores la habrían seguido y que caía de nuevo en su poder.



2. No hay cómo describir la alegría que se pintó en su rostro al descubrir, en vez del rostro de Magdalena, el de su amiguita inglesa, Beatriz Kelley. Sonriente, miraba la inglesa a su salvadora, en tanto que su institutriz, Miss Arabella Flanagan, fruncía el ceño. —¡Lina! —¡Beatriz!



3. Ambas niñas se apartaron a un lado. —¡Qué encantadora sorpresa. Lina!—decía Beatriz—. Lo menos que pensaba, era encontrarte aquí ¿Te vas en este tren? Diciendo estas palabras, la inglesa besaba a Lina efusivamente. —¡Qué gusto, Beatriz! Yo tampoco soñaba encontrarte aquí.



4.—¡Qué dicha, viajaremos juntas!—continuó, llena de alborozo, la inglesa. Lina vaciló: no se atrevía a contar su desgracia. Miss Kelley notó sus ojos brillantes por las lágrimas que pugnaban por escaparse y, afectuosa, la interrogó: —¿Qué te pasa, Lina? ¿Tienes alguna inquietud? Dímelo.



5.—Recuerda que nos hemos prometido amistad. Trátame como verdadera amiga, te aseguro que no te arrepentirás.—Cuidado con el maletín, Miss Beatriz—interpuso Miss Arabella—recuerde que lleva ahí sus joyas. —¡Qué importa! Lina tiene pena, no ta vamos a dejar sola. Vamos, linda, habla.

6.—¿Hay algún enfermo en tu familia? —No—respondió, por fin, Lina—después te confiaré las razones que me impulsan a abandonar la capital; el gran contratiempo es que no me alcanza el dinero para pagar mi pasaje y tengo que irme. —No te aflijas por eso. ¿Por qué no lo decías?

(CONTINUARA).